



ENCUENTRO OSCURO

EL IMPERIO KNIGHT'S RIDGE
PRECUELA

TRACY LORRAINE

ENCUENTRO OSCURO

TRACY LORRAINE

TABLA DE CONTENIDO

[Tabla de Contenido](#)

[Nota de la Autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

NOTA DE LA AUTORA

Cronológicamente, *Encuentro Oscuro* cae al final de *Princesa Cruel*, el segundo libro de mi nueva serie El imperio *Knight's Ridge*, pero no hay ninguna razón por la que no puedas leerlo antes.

La autora superventas de *USA Today* y *Wall Street Journal*, Tracy Lorraine, te trae otra pareja de su serie *El Imperio Knight's Ridge*.

He vivido toda mi vida en la sombra...

Protegida pero dolorosamente consciente de la inquietante realidad de quién es realmente mi familia.

Estoy cansada de ser la niña buena, de hacer todo lo que me dicen. Halloween parece el momento perfecto para explorar mis deseos ocultos.

Y así es exactamente como acabo en los brazos de un misterioso enmascarado.

No me trata como si fuera de cristal. Toma exactamente lo que quiere y me da todo lo que no sabía que necesitaba... hasta que desaparece en la oscuridad dejándome con una pregunta candente...

¿Quién era mi misterioso caballero que me introdujo en el lado oscuro?

Queridos lectores,

Encuentro Oscuro es una precuela de la trilogía Caballero Oscuro. Los acontecimientos de esta precuela coinciden con el final de Princesa Cruel.

CAPÍTULO 1

Las fiestas de Halloween en el Knight's Ridge son legendarias.

O al menos eso es lo que les he dicho a mis dos nuevas amigas, que acaban de empezar el colegio.

La verdad es que nunca he estado en ninguna.

Incluso el año pasado, Nico, el prepotente y arrogante que es mi hermano, no me dejó ir.

Me había comprado un disfraz y todo.

Debería haber ido. No se habría enterado de nada mientras se iba de fiesta con sus amigos idiotas y flirteaba con todas las chicas que le miraban.

Pero incluso si la perspectiva de que no era lo suficientemente poco atractiva. Yo sabía que no era sólo Nico quien no me quería allí.

No encajaba.

Nunca lo he hecho.

Todos están demasiado asustados para acercarse a mí por miedo a lo que Nico y los chicos les harán, o simplemente me utilizan para llegar a ellos.

Así que mi disfraz nunca vio la luz del día y me pasé la noche abriendo la puerta de nuestra casa y repartiendo caramelos a todos los niños que eran lo suficientemente valientes como para acercarse a nuestra puerta.

No eran muchos. La mayoría forman parte de la Familia.

Pero ahora, he dejado de ser nada más que un peón en los juegos de otros estudiantes para acercarme a los grandes mafiosos del Colegio Knight's Ridge. Soy algo más que una escalera que otros pueden subir para mejorar su posición social.

Soy Callista Cirillo.

Princesa de la mafia.

Sufrida hermana menor e hija de hombres poderosos.

Bueno, esta noche eso se acaba.

Esta noche, me despojo de esa piel y me pongo otra que se parece más a mis dos nuevas mejores amigas.

Y justo a tiempo, suena el timbre.

Estoy sola en casa, aparte del cabrón gruñón del sótano. Pero no hay forma de que asome la cabeza para responder, así que me abro paso por la casa con la emoción llenándome rápidamente las venas por lo que pueda depararme el resto de la noche.

Al abrir la puerta principal, encuentro a Emmie con su habitual ceño fruncido en su hermoso rostro.

—Me alegra ver que estás emocionada por lo de esta noche —bromeo, dejándola entrar.

No es la primera vez que viene, pero sigue mirando a su alrededor con cierto asombro. Lo entiendo, nuestra casa es una locura. Desde el... accidente de Stella hace unas semanas, hemos

estado saliendo más y más. Sin embargo, aún no me ha invitado a su casa. No me ha dicho por qué, pero estoy bastante seguro de que probablemente tiene algo que ver con el hecho de que su padre se está tirando a la señorita Hill, nuestra directora de Bienestar Estudiantil en Knight's Ridge.

Puede que sea mi opuesta en todos los sentidos, pero también es todo lo que siempre he querido en una amiga. Y alguien que sé que mis padres odiarán, si es que están en nuestra casa el tiempo suficiente para encontrarse con ella.

Le da completamente igual cuál sea mi apellido, lo grande que sea nuestra casa o cualquiera de las gilipolleces que rodean mi vida.

Es simplemente... ella misma. Sin disculpas, un poco grosera, hermosa, y una mala influencia total. La amo, Stella también.

Ambas llegaron a mi vida cuando más las necesitaba y no podría estar más agradecida.

En las últimas semanas he hecho cosas que nunca habría hecho de no ser por ellas. Me emborraché, me colé en una de las fiestas de mi hermano, disparé una maldita pistola, me fumé un porro. Diablos, incluso tengo un carné falso en el bolso y he entrado en un club nocturno... siendo menor de edad.

Sé que probablemente no sea tan descabellado en los libros de la mayoría de la gente, pero si tenemos en cuenta la chica que era antes del comienzo de este curso escolar, entonces es una locura.

Y me encanta.

Emmie se ríe para sus adentros mientras me sigue a mi habitación y observa todas las fotos de nuestra familia que hay en las escaleras.

Sé lo que le divierte, lo ha hecho cada vez que ha estado aquí.

Puede que Emmie también tenga una familia interesante, ya que su abuelo es el presidente del *Royal Reapers Club* -un secreto que tanto Stella como yo hemos jurado guardar-, pero eso no impide que se muestre incrédula cada vez que ve esa foto de los chicos con sus trajes.

—Maldita mafia —murmura divertida.

—Vamos, Princesa. Es hora de festejar.

—No me llames así —suelto—. Ni se te ocurra llamarme así.

Me doy la vuelta, abro la puerta de mi habitación para que entre y recorro con la mirada su atuendo.

Tiene razón, no se parece en nada a una princesa con su camiseta personalizada de la banda, su falda vaquera negra rasgada, sus medias de rejilla y sus botas de motorista.

Parece sexy, y completamente fuera de lugar en mi dormitorio de princesa rosa azucarado.

—Tengo bebidas. La pizza estará aquí en un rato.

—Genial. —Se quita las botas y se lanza a la cama tras coger una botella de cócteles rosas premezclados que compré especialmente para la ocasión.

Le quita la tapa y bebe un sorbo.

—Joder —murmura, levantando la botella para mirar la etiqueta—. ¿Esto fue lo mejor que se te ocurrió?

Riéndome de su reacción, me abstengo de decirle que he escondido lo bueno y envío un mensaje a Stella pidiéndole que se dé prisa.

Miro fijamente la pantalla para ver si va a responder, o si siquiera lo lee.

—Probablemente esté demasiado ocupada rebotando en la polla de Seb como para contestar —murmura Emmie, adivinando correctamente a quién estoy enviando mensajes.

Ahogo una carcajada y dejo el teléfono sobre la cómoda.

—Tanto sexo no puede ser saludable.

—Lo dice la virgen.

—Eso es bajo. ¿A cuántos tipos te has acercado desde que empezaste en Knight's Ridge?

—No los suficiente, eso seguro —se queja, llevándose una vez más la bebida rosa brillante a los labios.

—Bueno, esta noche es la noche, Princesa Ramsey. —Me lanza una mirada asesina por encima de su botella, y no puedo evitar reírme.

El timbre atraviesa la casa una vez más.

—¡Pizza! Enseguida vuelvo. No vayas a ninguna parte, y no vayas a buscar los disfraces. Tienes que esperar a Stella.

Pone los ojos en blanco y pone cara de aburrimiento, pero es una actuación. Sé que, en el fondo, está secretamente emocionada por lo que pueda pasar esta noche. Sólo espero que mis palabras sobre lo increíble que va a ser la fiesta no se queden en nada y me hagan parecer un completo idiota.

Bajo corriendo las escaleras, agarro las cajas de pizza del repartidor, el olor de la salsa de tomate y el queso hace que mi estómago gruña con fuerza, antes de que el sonido de las voces de la parte trasera de la casa se filtre hasta mí y, afortunadamente, lo ahogue.

—Ah, mira lo que ha traído el gato —digo, rodeando con la mano el brazo de Stella y casi arrastrándola fuera del agarre de su novio.

—Oye —se queja él, tirando de ella hacia atrás—. No había terminado.

—Vete a la mierda, Papatonis —siseo, sintiéndome valiente—. La has tenido todo el día. Ahora es mía.

Sus cejas se levantan ante el hecho de que le haya contestado cuando en el pasado sólo me habría acobardado.

Sí, toma eso, imbécil.

Se me hincha el pecho de orgullo. Stella se ríe. Me rodea el hombro con el brazo, da un beso rápido a Seb y se libera de él.

—Hasta luego, novio.

La alejamos de su posesivo gilipollas y nos dirigimos a las escaleras, dejándole que vaya a buscar a mi hermano a su guarida de pecado, también conocido como nuestro sótano.

—Vamos, Em está esperando. Le dije que no puede ver los trajes hasta que estés aquí.

Juntos subimos las escaleras, en dirección a nuestro descarado amigo.

—Por fin, no creíamos que fuera a perderte de vista —dice Emmie en cuanto nos reunimos con ella, todavía exactamente dónde estaba tumbada en mi cama. La botella de su bebida rosa que tiene en la mano está casi vacía.

Me lanza una mirada cómplice porque, por el estado del brillo sexual de Stella, no es difícil adivinar que ambos teníamos razón sobre lo que hizo que ella y Seb llegaran tan tarde.

~~~

—No puedo creer que me hayas metido en esto. Yo no me visto de rosa. Nunca —se burla Emmie, de pie frente al espejo dos minutos antes de que tengamos que irnos.

Estoy en la puerta de mi baño con mi chaqueta rosa a juego, pero la mía la he combinado con una falda sesentera con apliques de un perro. Una amplia sonrisa se dibuja en mis labios mientras

veo a mis dos hijas dar los últimos retoques a su maquillaje y vaciar la botella de vodka que Emmie había escondido en su bolso. Ni siquiera me dio la oportunidad de encontrar mi propio alijo.

Puede que actúe como una malvada y una descarada, pero dentro de esa chica hay un corazón de oro. Podría haberlo sacado en cuanto llegó y haber rechazado las tontas bebidas rosas que compré -que ahora saben que combinan a la perfección con nuestros trajes-, pero no lo hizo. También lleva mi versión personalizada de nuestras chaquetas rosas de mujer.

—Oh, cállate —Stella chasquea—. Estás buenísima. Y tu culo en esos leggings me está volviendo loco. Los chicos no podrán quitarte las manos de encima.

—Si te refieres a los tipos de abajo, entonces será mejor que se guarden las putas manos. Yo no me los follaría con las tuyas.

Ahogo una carcajada.

—No estoy segura de que ninguno de ellos sea lo bastante valiente. Puede que intenten dar miedo, pero son una panda de nenazas —les digo, dando un paso adelante. Joder, esa bebida rosa podía ser bonita, pero era más fuerte de lo que esperaba.

—Que no te oigan decir eso —murmura Stella.

—No me interesan.

—Es una pena, porque... —Emmie le tapa la boca a Stella con la mano, cortando lo que iba a decir.

—Lee mis labios, Doukas. El puto Theo Cirillo no se me va a acercar. Es un gilipollas, y puedo asegurarte que no tiene ningún interés en mí más que el de ser un dolor de cabeza.

—Aunque el dolor es bueno, Em.

—Joder. ¿Nos vamos? —Emmie dice, volviéndose hacia mí, rogando ser rescatada.

—¡Sí! Estoy tan emocionada —chillo, con mariposas explotando en mi vientre.

Es obvio que los chicos ya nos están esperando en cuanto abrimos la puerta porque sus profundas voces retumbantes flotan hasta nosotros.

Echo un vistazo a las chicas que tengo a cada lado y me fijo en sus ajustados leggings -se negaron en redondo a la opción de la falda, no puedo decir que me sorprenda-, sus diminutos tops y sus chaquetas rosas.

Sí, los chicos van a perder su mierda.

En cuanto los veo al pie de la escalera, se me corta la respiración. No me atraen en absoluto, pero tienen un aspecto de locos.

—Vaya —suspira Stella mientras Emmie jadea—. Mierda.

Madre mía. Llevan disfraces de vampiro a juego, aunque cada chico lo ha peinado a su manera. El capullo de mi hermano se ha olvidado por completo de la camisa bajo la capa, probablemente con la esperanza de atraer a las mujeres con sus abdominales. Seb sólo lleva una camiseta de tirantes, Theo lleva una camisa casi completamente desabrochada, mientras que Alex y Toby llevan chalecos rojos. Pero lo que realmente capta mi atención son sus ojos. Todos llevan unas lentillas de lo más raras.

Aunque debo admitir que ver sus caras arrugadas de risa cuando se fijan en nuestros trajes les quita un poco el miedo.

—¿Qué coño llevas puesto? —Alex ladra mientras Stella es arrastrada una vez más por Seb.

—¿Qué? Son monos.

—Sí, se podría decir eso.

—Miren —digo, dándome la vuelta para enseñarles a todos mi espalda, lo que hace que todos

se rían de nuevo, bueno, todos menos Nico, que no es más que un puto miserable.

—No me digas que Emmie tiene... —Emmie gira, haciendo que todos ahoguen la risa.

—Princesa Emmie. Lo siento, pero no lo veo —dice Toby divertido.

—No es una puta princesa —se burla Theo, volviéndose hacia la puerta principal y desapareciendo por ella.

—¿Cuál es su problema?

Los chicos comparten una mirada cómplice. Algo de lo que solía estar locamente celoso cuando apenas tenía un amigo de verdad, y mucho menos uno con el que tuviera ese tipo de conexión.

—Es un gilipollas. Ya te lo he dicho —dice Emmie como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Vamos? —Toby pregunta, siendo todo un caballero y tendiéndome el brazo.

—Vamos —digo con una sonrisa mientras Emmie murmura—: Necesito más vodka.

Toby se ríe a mi lado mientras seguimos a los demás.

Me lleva hacia el carro hacia el que Seb y Stella no caminan, y no puedo evitar sonreír.

—¿No quieres verlos follar en seco en el carro, eh? —pregunto, intentando desesperadamente no reírme. No debería, hace poco he experimentado de primera mano lo horrible que es ver a un hermano haciendo algo que ningún otro hermano debería ver. Lo entiendo perfectamente, pero aun así no puedo evitar burlarme de él. Culpo al vodka.

—¿Qué? ¿No oíste lo que le hicieron a Alex el viernes por la noche?

Es una pregunta retórica, yo estaba allí, bueno no en el carro, pero fui testigo de la caída del doloroso viaje en carro de Alex con ellos follando en la parte de atrás.

—¿Has perdido la camisa, hermano? —pregunto, subiendo al carro y encontrándome con Nico y su habitual ceño fruncido—. ¿Qué? —pregunto cuando no responde más que con un gruñido—. ¿Sigues cabreado porque a tu hermana menor le haya salido una espina dorsal?

Se detiene un instante antes de que sus putos ojos espeluznantes se vuelvan hacia mí.

—No te metas en ningún puto lío esta noche, *chica*. Y no beses a ningún puto italiano. Sus ojos se entrecierran sobre mí.

—Ah, es cierto. Tengo que identificar a cualquier tipo antes de acercarme por si vamos a entrar en guerra con ellos.

Mi sarcasmo no mejora para nada el humor de Nico.

—Mantente alejado de cualquiera y puede que pases toda la noche.

—Eres tan presumido. Te perderás en el primer coño dispuesto y olvidarás que existo.

Sus labios se separan en señal de asombro.

Lo entiendo. Nunca me he enfrentado a él. Nunca. Pero mis malas influencias se me están pegando. Y, estoy descubriendo lo divertido que es darle cuerda.

—No lo creo —murmura, pasándose los dedos por el pelo y estropeando el peinado que llevaba.

Toby se ríe a mi lado mientras Emmie se deja caer en el asiento del copiloto.

—Pongámonos en marcha —anuncia, lanzando una mirada peligrosa a nuestro conductor zombi.

Oh sí, ella está en una misión esta noche. Igual que yo.

El teléfono zumba en mi bolso, pero no respondo. Sería una muy mala idea mientras estoy atrapada entre Nico y Toby.

Puede que esté a favor de rebelarme un poco, pero no tengo ganas de morir.

## CAPÍTULO 2

—Dios mío —respiro al entrar en el viejo edificio abandonado.

Si no era obvio en el camino hacia ella, ahora sí lo es que todas mis promesas sobre una noche de Halloween épica no eran más que la verdad. Menos mal que los rumores que había oído de años anteriores no eran mentira.

—Vale —dice Emmie, enlazando su brazo con el mío—. Estoy impresionada. Este lugar es una locura.

—¿Verdad? —Miro a mi alrededor, a la entrada llena de humo, observando las telarañas, los fantasmas, los zombis, que casi parecen demasiado buenos para no ser reales, y los disfraces de todo el mundo.

—Gracias —grito por encima de la música atronadora cuando un zombi, uno de los chicos de seguridad de papá y tío Damien, agita una bandeja de bebidas rojas delante de nosotros.

El globo ocular flotante me da un respiro, pero me recupero rápidamente y agarro el vaso.

Emmie le devuelve inmediatamente el suyo, y yo me apresuro a hacer lo mismo, con el sabor a cereza ácida explotando en mi boca.

—Vamos a explorar. —Emmie me agarra de la mano y tira de mí hacia el interior del edificio abandonado, dejando atrás a los demás.

Al parecer, antes era un pub, pero lo compraron para convertirlo en pisos de lujo, pero eso nunca ocurrió y ahora es sólo un edificio en ruinas que no podría ser más perfecto para una noche como ésta.

Está medio derruida, han tirado las paredes para asegurarse de que haya espacio suficiente para todos, las ventanas están casi todas destrozadas y las puertas medio caídas de sus goznes. Es espeluznante y ya sé que no es un lugar en el que me gustaría estar sola.

—ARGH —un grito que me huela la sangre sale de mis labios cuando lo que creía que era un maniquí en la esquina oscura de la habitación no solo se mueve, sino que alarga la mano y me toca—. Joder. Joder —ladro, con el corazón tan acelerado que me sorprende que no se me salga del pecho.

—Dios mío, ha sido un clásico —Emmie se ríe a mi lado.

Cuando me asomo, la encuentro doblada riendo con lágrimas en los ojos.

—Está bien, no te mees encima —murmuro, irritada conmigo misma por ser claramente una nenaza.

—Creo que eres la única de las dos al que se le ha escapado un poco de pis, Cal.

—Necesito otra copa —anuncio cruzando el lugar.

Veo a algunas personas que reconozco de la escuela. Teagan, nuestra perra jefa, y sus cachorros ocupan un rincón de la sala, cada uno intentando claramente superar al otro en quién podría parecerse más a una puta.

Teagan, la Barbie del bañador, se da cuenta de que las miro y me lanza una mirada asesina.

No importa que yo sea un miembro inestimable de su equipo de gimnasia, apenas soporta mirarme la mayoría de los días. Sus dos compañeras, la Barbie enfermera y la Barbie criada francesa, también me miran.

Todo lo que hago en respuesta es sonreír en su dirección, lo que hace que sus labios se curven con aún más disgusto mientras me miran de arriba abajo antes de dirigirse a Emmie, a mi lado.

Gruñe, todo su cuerpo se tensa, probablemente preparándose para otra pelea de zorras con Teagan.

—Vamos. Deja a esas putas. No merecen la pena —le digo, arrastrándola lejos antes de que empiece algo.

Casi hemos salido del lugar cuando alguien -no tengo ni idea de quién- me llama la atención al otro lado del mismo. Va vestido de negro de los pies a la cabeza, con una máscara de Batman cubriéndole la cara y una capa colgando del cuello. Aunque lo conociera, no tengo forma de intentar adivinarlo con solo su mandíbula a la vista. Pero aún así, algo en la forma en que me mira hace que mis pasos vacilen y mi temperatura corporal se dispare.

—¿Quién es? —Emmie pregunta, dándose cuenta de quién me ha hecho ir más despacio.

—No tengo ni idea.

—Bueno, está claro que te quiere a ti. ¿Quieres que vaya y me asegure de que no le corre sangre italiana por el cuerpo? —Se va como si de verdad fuera a ir a hablar con él y me entra el pánico.

Mis dedos se clavan en su antebrazo con demasiada dureza mientras la arrastro hacia atrás.

—Ni se te ocurra —siseo—. Vamos, necesito orinar y tomar algo.

Encontramos los aseos y pasamos por delante de la mujer zombi de seguridad que merodea por la puerta antes de entrar en cada uno de los cubículos.

Me recojo la falda y me siento, pero rápidamente saco el celular.

### **Ant: Que disfrutes la noche. Lamento no poder estar allí. ;)**

La carita guiñando el ojo no hace más que aumentar las mariposas que se me subieron a la barriga con sólo ver su nombre.

Con una sonrisa, le contesto.

Sé que no debería seguir hablando con él.

Diablos, es peligroso. Más para él que para mí. Pero eso no parece molestarle.

Me ha dicho una y otra vez que la noche que nos conocimos no fue un montaje como creen mi hermano y sus compañeros. Y odio decirlo, pero le creo.

¿Por qué iba a arriesgar su vida hablando aún conmigo si había algo a la deriva?

Es de una familia rival. Uno que está haciendo movimientos para apoderarse de algunos negocios en nuestro territorio de lo que puedo entender.

Seguro que le tengo que gustar de verdad para mantener el contacto, ¿no?

¿Verdad?

No tengo tiempo de esperar su respuesta. Sé que esta noche está en su propia fiesta y ocupado con sus colegas, así que cierro la aplicación y vuelvo a meter el celular en el bolso, me fuerzo a borrar la sonrisa de la cara y termino.

Hago una pausa a mitad de camino hacia los lavabos.

¿Era él?

¿Es Batman?

—¿Estás bien? —Emmie pregunta, notando que he hecho una pausa.

—S-sí, lo siento.

Me estudia con preocupación, pero no me interroga.

—Bebidas y baile. Vámonos. Y tenemos que encontrar a Stella.

En cuanto salimos del baño, vuelvo a verle, merodeando al final del largo pasillo, observándome.

Emmie debe de echarlo de menos en la oscuridad esta vez, porque en lugar de señalármelo, o incluso de guiarme hacia él, me arrastra en dirección al bar, algo que realmente no puedo discutir.

Después de otros tres disparos de sangre falsa, encontramos a Stella y la arrastramos junto a Seb a la pista de baile.

En cuanto nos detenemos, la arrastra hacia su cuerpo, le pone las manos posesivamente en las caderas e inclina la cabeza hacia su cuello.

Una malsana oleada de celos me invade mientras los observo.

No porque quiera a Seb, porque realmente no quiero. Él, Nico, todos ellos son unos cerdos repugnantes a los que no quiero ni acercarme la mayoría de los días. La forma en que tratan a las mujeres como si fueran desechables es... ugh... Me estremezco de asco cuando me viene a la mente la horrible imagen de Nico recibiendo sexo oral de una chica cualquiera en su fiesta de cumpleaños hace unas semanas.

Perros, todos ellos.

Pero a pesar de eso, lo que Seb y Stella parecen haber encontrado -a pesar de todas las probabilidades en su contra- es exactamente lo que quiero experimentar.

No quiero ir por ahí besando a todos los sapos que Knight's Ridge, ni siquiera Londres, puede ofrecer. Sólo quiero encontrar a mi príncipe, a mi caballero de armadura blanca. Aquel que me ponga por encima de todas las demás, que no me mantenga en la sombra como parecen hacer todos los demás en mi vida, sino que me arrastre a la luz con él y me anime a ser la persona que sé que puedo ser sin el peso abrumador de mi familia presionando sobre mis hombros.

—Eh, mira —dice Emmie, señalando con la cabeza al otro lado de la habitación.

Ya sé lo que voy a encontrar cuando siga su mirada. Siento un cosquilleo en la piel al sentirme observada. Pero eso no significa que no se me corte la respiración cuando vuelvo a encontrarle entre las sombras.

Se lleva un vaso negro a los labios y se bebe el contenido, aunque sus ojos no se apartan de los míos. Hasta que baja los míos, cuando se pasa la lengua por el labio inferior recogiendo gotas de lo que acaba de beber.

—Pensándolo bien, a quién coño le importa si es italiano, está bueno.

—Sólo se le ve la boca, Em —argumento, aunque no estoy segura de por qué.

Tiene razón.

Cada parte de mí, especialmente el lugar entre mis muslos sabe que está bueno, sólo por su mandíbula y su boca.

Entrecierro los ojos, deseando que la luz fuera más brillante para poder verle con claridad.

¿Es él?

¿Es Ant?

—Parece que necesita un empujón en la dirección correcta —anuncia Emmie, arrastrándome hacia ella, echándome los brazos sobre los hombros y moviendo su cuerpo contra el mío.

—Vaya, ¿cuánto has bebido? —pregunto

—No lo suficiente como para pensar que eres un chico bueno que se me echará al hombro y se ensañará conmigo —confiesa un poco demasiado seria.

—Me encanta el escalofrío que me recorre la espalda sabiendo que sus ojos me están taladrando.

Es una sensación adictiva.

—¿Y tú? —grito en el oído de Emmie—. Alguien te llamó la atención.

—Meh. Estamos rodeadas de los mayores bellacos de Knight's Ridge. Ni siquiera los disfraces pueden cubrir sus culos elitistas y engreídos.

—Vaya, realmente tienes una alta opinión de los chicos con los que vamos a la escuela.

—No quiero un futuro puto banquero, Cal. Quiero un hombre.

—¿Como tu tío chico malo?

—Ew, Cal. ¿En serio?

—Bueno, obviamente no tu tío. Uno de sus prospectos.

—¿Prospectos? Tienes que dejar de ver a ese idiota.

Me encojo de hombros.

—Umm... ¿has visto a Jax? No voy a parar pronto.

—¿Así que no soy la única que quiere un poco de rudeza entonces?

Me arden las mejillas ante su pregunta.

—Uh... ¿Qué pasa con él? —pregunto, señalando por encima de su hombro a un tipo disfrazado de hombre lobo. Seguro que ahí no hay un futuro banquero.

—Lleva un brazalete, Cal.

Mis ojos bajan hasta donde se ha metido un poco el traje por el brazo para ver que tiene razón.

—Voy a buscarte un chico —le digo.

—¿Qué tal si te centras en tu misterioso, y yo me las arreglo solas?

—De acuerdo. Trato hecho.

La canción cambia, el ritmo sube y ambos nos perdemos en ella.

Bailamos hasta que nuestra piel se cubre de sudor y mi necesidad de una nueva copa se hace casi insoportable.

Por suerte, justo cuando estoy a punto de excusarme para buscar uno, un zombi aparece ante mí y me entrega un vaso de sangre.

—Gracias —digo, totalmente sin aliento.

Asiente con la cabeza y le pasa otro a Emmie antes de que Stella le arrebatase el último de la bandeja, ya que está atrapada bailando con nosotros ahora que su chico ha sido convocado por mi primo.

—¿Cómo de alucinante es esta fiesta? —les grito a mis chicas, el alcohol en mi sistema más que haciendo su trabajo.

—Sí, tenías razón. Esto es muy bonito —dice Stella, mirando a su alrededor antes de agarrarnos de la mano a Emmie y a mí y tirar de nosotras para que bailemos las tres juntas.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me dejo llevar.

Despojarme de mi piel de princesa protegida y simplemente disfrutar de ser una de las chicas, salir a beber siendo menor de edad y salir de fiesta hasta que no pueda sentir los pies.

Cuando por fin vuelvo a abrir los ojos, descubro rápidamente que estoy solo.

—¿Qué mie...?

Miro a mi alrededor y no veo a nadie que reconozca.

—Mierda —siseo, dándome cuenta de que probablemente estaba festejando demasiado como para no darme cuenta de que se me escapaban.

Un destello rosa me llama la atención junto a la puerta, y Emmie se limita a lanzarme una sonrisa calculadora antes de que sienta que alguien se acerca por detrás.

Todo mi cuerpo se estremece cuando un gran par de manos ardientes se posan en mis caderas.

Algo me roza la oreja y, cuando giro para ver qué es, me encuentro cara a cara con Batman.

Sus ojos se clavan en los míos mientras el aire cruje entre nosotros.

—Tú —suspiro, algo se asienta en mi interior mientras seguimos mirándonos fijamente.

—No puedo quitarte los ojos de encima, preciosa.

Todo el aire sale de mis pulmones ante su confesión.

Su voz, aunque amortiguada por la música, es tan profunda que me eriza los cabellos de la nuca.

Siento un destello de familiaridad, pero lo reprimo cuando se pone delante de mí y me echa los brazos sobre los hombros para que bailemos.

Me rodea la cintura con los brazos y cierra el espacio entre nosotros, apretando mi cuerpo contra el suyo.

Nuestras caderas se mueven al ritmo de la música mientras sus ojos oscuros se clavan en los míos.

El corazón me late con fuerza, el pulso me retumba en las venas y amenaza con quemarme por dentro.

Sea lo que sea esa bebida de cereza asegura que mi cabeza da vueltas y todo, aparte de nosotros dos, se desvanece en la nada.

Uno de sus brazos me suelta antes de que su mano me acaricie la cara.

El movimiento es tan suave, tan tierno, que me derrito dentro de él mientras su pulgar me roza el labio inferior, sus ojos clavados en él.

Juro por Dios que el aliento se me queda en la garganta mientras una voz en mi cabeza me grita que le exija que me bese.

Pero no puedo. Estoy congelada en el lugar, lo que le permite tomar su relleno.

Cuando por fin habla, las palabras que salen de sus labios no son las que yo esperaba.

—Dime que pare, preciosa.

—U-uh... n-no. N-no quiero que lo hagas.

Todo el aire sale de él, haciéndome cosquillas en la cara mientras sigue estudiándome.

—A la mierda —suspira tan bajo que casi me pregunto si me lo imagino.

Sus labios rozan los míos en el beso más suave y el mundo entero se congela a mi alrededor.

Ya no estamos en un edificio abandonado rodeados de gente, sino los dos solos, el resto del mundo olvidado mientras nuestros labios están conectados.

Se queda quieto y, por una fracción de segundo, creo que va a retroceder al darse cuenta de que ha cometido un error.

Si tiene alguna idea de quién soy realmente, entonces tiene que saber que besarme así es un riesgo. Si Nico o Theo, diablos cualquiera de los chicos lo atrapan, entonces él está posiblemente arriesgando su vida en este momento.

Alargo la mano, retuerzo la tela de su camisa entre mis dedos y le arrastro más cerca, obligándole a moverse.

*Joder.*

Todo mi cuerpo se hunde cuando su lengua me roza el labio inferior antes de sumergirse en

mi boca en cuanto mi barbilla baja para permitirle la entrada.

Seré la primera en admitir que estoy en el extremo más inexperto de la escala cuando se trata de besos, sexo, cualquier cosa que tenga que ver con chicos. Pero diablos, este tipo sabe cómo besar a una chica.

Sus labios se mueven contra los míos como si hablara directamente a mi alma, su lengua acariciando la mía, besándome con una ferocidad que me hace preguntarme si moriría sin ella.

Su mano, que sigue en mi espalda, baja hasta mi culo, juntando nuestras caderas y permitiéndome sentir exactamente lo que le estoy haciendo cuando su dura longitud presiona contra mi vientre.

La excitación y los nervios me revuelven el estómago, pero el calor y el dolor que parecen estallar en mi bajo vientre al saber que lo estoy excitando ayudan a desterrar cualquier ansiedad que pudiera tener al respecto.

Un gemido de frustración retumba en mi garganta cuando aparta sus labios de los míos y me besa y pellizca la mandíbula hasta llegar a la oreja.

—Te necesito a solas —susurra.

—S-sí —murmuro, probablemente sonando como una puta lasciva, pero en este momento, con sus manos sobre mí, no me importa.

—Vamos. —Me agarra de la mano y me lleva hacia el pasillo.

Miro a mi alrededor, la realidad me golpea por un momento y espero que todas las personas de la sala se centren en nosotros, pero cuando veo que están demasiado ocupadas disfrutando, me doy cuenta de que ese beso demoledor solo ha cambiado mi mundo, no el de los demás.

Al darse cuenta de que he aminorado la marcha, se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta, aunque no puedo oírle por encima de la música.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras le miro fijamente, viendo más allá de la máscara y directamente a sus ojos oscuros.

Ojos que parecen ver más profundo que nadie que haya conocido antes.

—Sigue.

No pierde el tiempo y da media vuelta.

Tira de una cuerda, impidiendo que entre la gente que está de fiesta, antes de que subamos unas escaleras. Empuja una puerta y yo entro dando tumbos, con las piernas demasiado inestables sobre los tacones después de tanto alcohol.

La puerta se cierra detrás de nosotros y sólo tengo un segundo para mirar a mi alrededor y ver que estamos en una habitación.

Solos.

## CAPÍTULO 3

—Por fin —murmura, con la voz más alta ahora que hemos dejado atrás la música.

Se me pone la piel de gallina cuando da un paso hacia mí.

Aquí arriba no hay luces, sólo lo ilumina la luz plateada de la luna. Su mirada recorre mi cuerpo como si estuviera desnuda para él.

El instinto me hace dar un paso atrás y una sonrisa burlona se dibuja en mis labios cuando un gruñido retumba en el fondo de su garganta.

Mi espalda choca con la pared y jadeo de asombro.

—Sólo tú y yo, preciosa. —Su voz es apenas más que un gruñido mientras se frota el labio inferior con el pulgar.

Su musculoso antebrazo ondea a la luz de la luna antes de que mis ojos vuelvan a encontrar los suyos, cuando me enjaula con sus brazos contra la pared a ambos lados de mi cabeza.

Se agacha y sus labios rozan mi oreja.

Su aliento recorre mi piel, volviéndome loca de necesidad por volver a sentir sus labios contra los míos.

Espero, intuyendo que quiere decir algo.

Su mano se posa en mi cintura, sus dedos se introducen ligeramente bajo la tela de mi top, provocándome con lo que podría estar por venir.

—Lo siento, preciosa —susurra finalmente.

Mi pregunta de por qué se disculpa conmigo se interrumpe cuando sus labios vuelven a encontrar los míos, y casi olvido que ha hablado cuando su lengua se sumerge en mi boca buscando la mía.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo, agarran la parte posterior de mis muslos y me levantan contra la pared hasta rodear su cintura, alineándonos de la forma más increíble.

—Oh, Dios —gimo dentro de su beso mientras él gira las caderas, con su dura longitud pegada a mi cuerpo.

Me besa como si literalmente fuera a morir sin él. Como si yo fuera su aire, su balsa salvavidas, su puto soporte vital, y yo estuviera aquí por ello mientras mis dedos se agarran a sus hombros, mis uñas se clavan en la tela de su capa, deseando que fuera su piel.

Encuentro el broche que sujeta la tela alrededor de su cuello, tiro de él para abrirlo, dejando que caiga en cascada hasta el suelo.

—Joder —gime mientras deslizo las manos bajo su camiseta, sus abdominales se contraen mientras empujo más alto, ya adicta a la dureza de sus músculos.

Dándole la vuelta a la tortilla, me quita la chaqueta de los hombros, sus labios bajan hasta mi cuello y descienden por mi pecho mientras me quita la prenda de las muñecas y la tira al suelo para unirse a su capa.

—Oh, Dios —gimo cuando sus dedos se meten bajo mi blusita sabiendo que no llevo nada

debajo.

En segundos me lo sube por el cuerpo sin darme más opción que levantar los brazos.

—Joder, preciosa —gruñe, sus ojos se clavan en los míos un instante antes de bajar a mi pecho desnudo—. Nunca he necesitado tanto algo en toda mi vida.

Me levanta como si no pesara más que una pluma y me besa hasta llegar a los pechos, antes de llevarse un pezón a la boca.

—Joder —jadeo, con la cabeza contra la pared mientras la sensación de su boca caliente sobre mi piel sensible me consume todo el cuerpo.

Mi mano se levanta sin instrucciones de mi cerebro, mi necesidad de enhebrar mis dedos a través de su pelo y sostenerlo contra mí para obligarlo a continuar es demasiado para soportar, sólo cuando conecto con su máscara, sus dedos calientes envuelven mi muñeca impidiéndome exponer su cara.

—Te daré cualquier cosa, preciosa. Pero eso no.

Sus labios vuelven a encontrar los míos mientras el aire fresco de la noche rodea mi tierno pico segundos antes de que roce su camisa haciéndome gemir una vez más.

Me besa hasta que vuelvo a quedarme sin aliento antes de confesarme algo que hace que la cabeza me dé vueltas y los miembros se me vuelvan gelatina.

—Necesito probarte, preciosa.

Debería decir que no, debería exigir saber quién es antes de dejar que esto continúe, pero el miedo a que se marche y me deje aquí fría es demasiado fuerte.

—Mierda —suspiro, los nervios me golpean como un camión—. Yo... eh... nunca he...

—Lo sé —dice, insinuando el hecho de que es más que consciente de quién soy, o más aún, de lo que hago o dejo de hacer—. Déjame ser el primero.

Me levanta toda la falda, sus dedos rozan la parte interior de mi muslo y suben hasta dar con el encaje empapado que me cubre.

—Tan mojada para mí, preciosa. Apuesto a que sabes jodidamente dulce.

—Dios mío —jadeo cuando me frota por encima de la tela.

—¿Te gusta? —me susurra al oído, con la punta de la lengua recorriendo el borde, haciéndome estremecer.

—Sí-sí.

—¿Quieres más?

—Oh Dios.

Mete los dedos en mi ropa interior, separan mi piel y vuelven a encontrar ese punto exacto. Solo que es un millón de veces más intenso sin una barrera entre nosotros.

—Joder. Joder.

—Eres aún más hermosa cuando te derrumbas por mí —murmura, apartándose para poder observarme.

Quiero avergonzarme. Quiero decirle que pare, pero mientras algo crece en mi interior, la promesa de una épica explosión de placer en el horizonte, no soy capaz de hacer ninguna de esas cosas.

—Por favor —suplico—. Por favor, necesito...

—Tranquila, hermosa. Confía en mí. —Empuja hacia abajo, clavándome un dedo mientras su pulgar sigue rodeando mi clitoris—. Déjate ir. Déjame ver cómo te corres por mí.

Asiento con la cabeza, es lo único que soy capaz de hacer mientras sus dedos se frotan deliciosamente dentro de mí.

No soy ajena a lo que mi cuerpo es capaz de hacer. He... experimentado conmigo misma. Pero joder, nada de lo que he hecho se acerca a lo que se siente. Cómo se siente *él*.

—Dios mío.

—Córrete para mí, preciosa.

Enrosca los dedos, su pulgar presiona contra mí con más fuerza y algo dentro de mí se rompe.

Se encienden luces detrás de mis ojos y juro que algo parecido a fuegos artificiales estalla bajo mi piel.

—Joder, sí. Joder, preciosa. —Mis caderas ruedan, sacando las últimas chispas de placer—. Monta sobre mi mano.

No para hasta que mi cuerpo ha dejado de convulsionarse y mi orgasmo ha remitido.

Sus ojos se clavan en los míos mientras se lleva los dedos a la boca.

—Oh Dios —respiro mientras sus párpados bajan al chuparlos.

Mis labios se entreabren de asombro mientras le miro sin pudor saboreándome.

—Más —gime, soltando los dedos—. Necesito más.

—Aaaaaaah —chillo mientras mi espalda abandona la pared.

Me hace girar antes de bajar mi culo sobre algo. ¿Una mesa? ¿Una cómoda? No tengo ni la más remota idea, pero su mano me toca la nuca y me anima a recostarme mientras su boca vuelve a reclamar la mía.

Puedo saborearme en sus labios, pero en lugar de apagarme como creía, me anima.

Mis dedos rebuscan para agarrar la tela, desesperados por quitarle la camisa, por sentir su piel contra la mía, pero cada vez que se la subo por el estómago me impide que la levante más.

—Por favor, necesito... —Sus ojos brillan con oscura intención, cortando mis palabras mientras me arremanga la falda alrededor de la cintura—. Oh, mierda.

Mis bragas parecen desprenderse de mí y lo siguiente que sé es que estoy totalmente expuesta ante él, con los muslos abiertos por sus manos gigantes.

Me retuerzo sobre... lo que sea que tengo encima mientras él me mira fijamente.

Justo cuando creo que no va a hacer nada, murmura:

—Precioso —antes de soplar un chorro de aire caliente sobre mi coño hinchado.

—Oh Dios, por favor.

—Sólo porque me lo pediste muy amablemente —dice, con hambre y humor mezclados en su profunda voz.

Un fuerte grito resuena en la habitación vacía cuando su boca conecta con mi núcleo.

*Oh, joder.*

No es de extrañar que las mujeres tengan cosas tan buenas que decir al respecto.

Su lengua me lame como si estuviera hambriento. Me lame con la presión más vertiginosa.

—Sabes a gloria, preciosa.

—Más —grito, persiguiendo descaradamente otra liberación que empieza a crecer dentro de mí.

—Puedes tenerlo todo —promete antes de que su dedo rodee mi entrada, empujando justo dentro, provocándome de la forma más deliciosa.

Mordiéndolo el interior de mi mejilla, le pido en silencio que empuje dentro de mí, que encuentre ese punto que hizo antes y que hace que me tiemblen las rodillas.

Ojalá pudiera decir su nombre, cualquier cosa.

Alargo la mano hacia él y choco con el duro plástico de su máscara, que se clava en mis muslos, pero, al igual que la última vez, me la agarra antes de que pueda arrancársela de la

cabeza.

—¿Por qué? —grito, frustrada porque no me muestra su cara.

¿De qué tiene miedo? ¿De que cambie de opinión?

Ahora mismo, es muy poco probable.

—Confía en mí —gruñe, apartándose apenas un segundo de mi coño.

Aumenta su esfuerzo y, de repente, hunde sus dedos en mi interior y hace que mi espalda se arquee sobre la dura superficie en la que me ha tumbado.

—Córrete para mí, preciosa.

Me chupa el clítoris, es casi demasiado, demasiado doloroso, pero entonces enrosca los dedos de una forma que me hace volar.

Pensaba que mi primera eyaculación había sido intensa, pero no tiene nada que envidiarle a esta, mientras su lengua sigue acariciándome el clítoris y sus dedos frotan mi punto G como si tuviera un mapa para llegar a él.

Todo mi cuerpo está cubierto de sudor y me tumbo con el pecho agitado, intentando desesperadamente recuperar el aliento.

—Vaya —respiro por fin cuando el placer cesa por completo y él se aparta de mí.

Se coloca entre mis piernas aún separadas -cualquier vergüenza que pudiera haber tenido desapareció por completo después de tener su cara ahí abajo mientras hacía eso- con la barbilla brillando a la luz de la luna por mi humedad.

—Joder —ladra, mirándome fijamente, con la mandíbula desencajada por la frustración y los puños curvados a los lados.

—¿Qué? ¿He hecho algo mal? —pregunto, con las mejillas encendidas. Agradezco que esté tan oscuro que no pueda verme.

Una pequeña carcajada sale de sus labios mientras se frota la nuca casi con nerviosismo.

—No, preciosa. Eres perfecta. Demasiado jodidamente perfecta.

Sintiendo que se apaga, me apresuro a sentarme.

—¿Qué pasa? —pregunto, con el corazón a punto de saltármelo a la garganta cuando sus ojos se desvían hacia la puerta—. No, no te vayas. Por favor.

—Ni siquiera debería haberte traído aquí. No debería estar aquí contigo.

—¿Por qué? ¿Quién eres?

—Nadie a quien debas dejar que te toque, y mucho menos rogarle que se quede.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

Da un paso atrás y las gélidas garras del miedo empiezan a apoderarse de mí, amenazando con helarme la sangre casi hirviendo en un instante.

—Quiero que seas el primero —suelto. Puede que sea una decisión precipitada, pero sé que es lo correcto. Sé que es lo que quiero—. Por favor.

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

—¿No? Quizá no. Pero qué tal si me lo enseñas. Te deseo.

—Joder.

Se aparta de mí y se detiene frente a la ventana, con los dedos enroscados en el marco y los músculos de los hombros tensos.

—No me importa quién eres. Quiero esto. Por favor.

Lentamente, mira por encima del hombro. Tiene la mandíbula cuadrada, como si ya hubiera tomado una decisión, y cuando sus ojos se cruzan con los míos, un escalofrío de necesidad me

recorre la espalda.

—Te deseo —repito—. Dámelo todo.

Está sobre mí antes de que pueda parpadear. Sus labios devoran los míos una vez más mientras busco su cinturón.

Mis inútiles dedos tardan más de lo debido en abrir el botón y arrastrar la cremallera de su bragueta hacia abajo, pero obtengo la recompensa más increíble cuando por fin lo consigo y meto la mano dentro de su ropa interior, porque el gemido que desgarrar su garganta es algo que nunca voy a olvidar.

Mis dedos rodean su gruesa longitud y jadeo al sentir su enorme tamaño.

Se me revuelve el estómago de los nervios, pero sé que ahora no voy a dar marcha atrás.

Lo que le dije era verdad. Quiero esto.

A él.

A nosotros.

Aunque sólo sea por esta noche. Incluso si nunca averiguo quién es.

Pase lo que pase, sé que siempre guardaré esta noche como un tesoro. La noche en que dejé de lado todas mis inseguridades, mis miedos, mi tímida existencia y me convertí en la mujer que siempre he querido ser.

No tengo ni idea de lo que hago, me dejo llevar por mis instintos y recorro la longitud de su polla mientras él se baja torpemente los vaqueros por las caderas, liberando su longitud mientras su otra mano se enrosca en mi pelo, sujetándose exactamente dónde quiere.

—No tengo condones —confiesa en nuestro beso.

—Tomo la píldora. Y soy virgen, así que estoy bastante segura de que estoy limpia.

—Joder, preciosa. No debería estar haciendo esto. Eres demasiado buena para mí.

—¿Estás limpio? —pregunto, mi voz un poco más energética de lo que esperaba.

Se aparta de nuestro beso y me mira fijamente a los ojos.

—Sí, pero...

—Confío en ti.

—El mayor error de tu vida, preciosa.

Pero en contraste con sus palabras, su pulgar roza mi mejilla y luego mi hinchado labio inferior como si yo fuera lo máspreciado del mundo.

—Te vas a arrepentir —me dice, con la voz llena de odio hacia sí mismo.

Imitando su movimiento, le acaricio la cara.

—Nunca. Me estás dando más de lo que podrías imaginar.

Sus ojos sostienen los míos un segundo más antes de tomar una decisión.

Lleva sus manos a mi culo, me arrastra hasta el borde de la superficie y se introduce en mi cuerpo.

—Recuéstate —me indica.

Le suelto y hago lo que me dicen, apoyándome en los codos para poder mirar.

Mira fijamente hacia donde estamos a punto de conectarnos casi como si estuviera en trance mientras frota la cabeza de su polla por mi humedad.

—Te mereces más que esto, Calli.

Jadeo al oír mi nombre.

Eso demuestra una cosa.

Sabe exactamente quién soy, y lo que podría pasarle si los chicos se enteran de esto.

Pero, a pesar de sus palabras, baja hasta mi entrada. Sus ojos se clavan en los míos, su

mandíbula se flexiona con la contención que estoy segura le está costando no clavarse directamente dentro de mí.

—Por favor —gimo, mis músculos se agitan, desesperada por saber cómo se va a sentir dentro de mí—. Te quiero a ti. Te quiero dentro de mí.

—Joder, joder. Joder —ladra, pero no se aparta como yo temía, sino que empuja dentro de mí, pero sólo un poco y ni de lejos lo suficiente.

—Por favor —le ruego, clavándole los talones en el culo para que se mueva.

Pero justo antes de que piense que va a adelantarse, unos pasos fuertes atraviesan el suelo desnudo de la puerta.

—Alguien está disparando. Vámonos.

Sus ojos se abren de par en par, todo su cuerpo se tensa con esas cuatro palabras.

Es casi como si nos hubieran echado un cubo de agua encima.

—Joder. Lo siento mucho. Lo siento mucho.

En un instante, vuelve a ponerse los jeans y corre hacia la puerta.

Un poco de luz del pasillo ilumina la habitación, pero no es suficiente para identificarle, y entonces desaparece, con un portazo tras de sí.

Las voces masculinas continúan gritando mientras los pasos comienzan a desvanecerse a medida que bajan las escaleras.

—JODER —grito, cubriéndome la cara con las manos.

La culpa me invade porque acabo de decirle que no me arrepentiría de esto, y sin embargo es exactamente lo que estoy haciendo, joder. Aunque no porque lo que hicimos, sino porque no tuvimos la oportunidad de terminarlo.

Una idea me asalta, me levanto de un salto y corro hacia la ventana, con las piernas a punto de flaquear y tambaleándome.

Se me corta la respiración cuando veo a los hombres correr hacia la línea de árboles y desaparecer en la oscuridad, todos con las armas en alto.

Se me hunde el corazón en el estómago al saber que mi hermano, mi primo y los demás probablemente van a estar en medio de todo eso.

Se me hiela la sangre al pensar que podrían resultar heridos.

O peor.

Puede que haga como que los odio, pero la realidad es que son mi familia. Y no podría imaginar mi vida sin los gilipollas en ella.

Pero entonces, *lo veo* correr por el jardín. No tengo ni idea de cómo sé que es él. Está tan oscuro que sólo son figuras que se abren paso en la noche, pero lo sé.

Él también.

Porque justo antes de desaparecer en la arboleda, mira hacia atrás, directamente a mí.

Todo mi aliento sale de golpe cuando nuestras miradas se encuentran.

Santo cielo.

*Batman, Batman, ¿quién eres?*

*Sigue leyendo la serie, ¡todo se revelará cuando llegue el momento!*